

Siete poemas

Seamus Heaney

Allí mismo

Una nidada fría, una puesta completa aunque escondida
bajo el mantillo del pasado otoño, y entonces supe,
por su lisa quietud, que se había arruinado sin remedio,
convirtiendo en mortal sudor un rocío
que empapaba las cáscaras sin hacerlas brillar.
Yo estaba de rodillas junto al seto, las manos apoyadas
sobre la hierba húmeda, adorador de aquello,
madrugador que indaga con las manos
y acostumbra encontrar huevos calientes. Pero no
este súbito tacto polar como un estigma,
este frío de círculo de piedra amaneciendo
en mi mortificada diestra, prueba innegable
de lo que allí pactó con la materia
hueca en su retraimiento planetario.

En Iowa

Una vez, en Iowa, junto a un pueblo menonita,
bajo una gruesa ventisca que la tarde iba trayendo
en pellas de aguanieve que golpeaban el coche
y en el ir y venir absolutorio del limpiaparabrisas,

vi arrumbada, en un hueco abierto entre los surcos
donde los tallos secos de maíz hacían oscilar la nieve,

una segadora mecánica. La nieve se apilaba en su sillín de
 hierro,
 coronaba las ruedas radiales con una gruesa ceja blanca
 y oscurecía el lustre del aceite en las muescas tiznadas del
 embrague.

En verdad regresé de aquel baldío blanco
 como alguien no bautizado que conoció la oscuridad
 en la hora de la tercia, con el velo rasgado.

Una vez, en Iowa. En el flujo y la urgencia y el siseo,
 no de aguas divididas, sino como de aguas que crecen.

Höfn

El glaciar de tres lenguas ha empezado a fundirse.
 ¿Qué haremos, preguntan, cuando la leche pétrea
 descienda revolcándose sobre el llano del delta

y la gruesa pelliza de nieve se descuelgue?
 Lo vi desde el avión, curvo y dispuesto en piedra,
 piel de tierra viviente y disgregada, cerviz de los eones,

y me dio miedo su frialdad, que aún parecía suficiente
 para helar las ventanillas empañadas de aliento,
 congelar sedimentos de una labranza inquebrantable

y todas las palabras cálidas y gustosas que van de boca en boca.

Alianza mágica

Hachazos, allá fuera,
 como olas que baten

contra un ferry nocturno:

tú,

a quien escindo, a quien moldeo,
partiendo leña.

Hojas de helecho

Las hojas del helecho avestruz se consideran una delicadeza, ¿dónde? ¿En Japón? ¿En Estonia? ¿En Irlanda hace tiempo?

Digo Japón porque siempre que pienso en esas pequeñas delicias pienso en mi amigo Toraiwa, y en la sorpresa que sentí cuando me interpeló sobre erotismo. Dijo que era algo propio de la poesía y que lo echaba siempre en falta.

Aquí las tienes, pues, Toraiwa, escaroladas y bien envueltas, suavizadas y tiernas, en una pequeña cesta humeante, sólo para ti.

Palabras de circunstancia

La carretera
que rodeaba Cavan
me condujo al oeste
(una señal no vista),
así que en Derrylin
giré hacia el este.

Sol sobre hielo,
cadarzo blanco
en juncos y matojos,

el puente anclado
en una paz de Adviento
por la que transité

hasta ver el desvío,
detenerme, quedar
sentado respirando
el vaho de los cristales.

Requiescat...

Salí del coche
bien envuelto en mi abrigo
y me acerqué a la orilla
helada a contemplar
el horizonte curvo, la primera
vez que lo hacía
en muchos años.

Y allí me santigué
en el nombre de lo fortuito
y lo circunstancial,
de los *Quién sabe*
y Luego qué
y Así sea.

La bienvenida a Castries

Tenso y dispuesto como un luchador, con las piernas separadas, sostienes ante ti el coco previamente preparado, cáliz verde con el que podrías estar a punto de practicar libaciones. En cambio, has de levantarlo, mirar a través de él y verter el agua mohosa en tu garganta.

Entretanto, con un tajo del machete sobre el tablero, el vendedor va segando casquetes de jugo y corteza y decantándolos en un contenedor de plástico. Y si alguna vez pensaste en los cocos como un fruto opulento y pardo y fibroso,

olvídalo. Son desproporcionados y desiguales, con jorobas pronunciadas, mercancía de buhonero apilada en la parte trasera de las camionetas, un muladar de cáscaras abiertas y fragmentos pelados y amarillentos.

Con todo, cuando tu anfitrión te dice, «ponte así», y acerca el botín de aguachirle a tus labios, inclinándolo, algo en ti sabe responder a la invitación y declinar el adorno turístico de la pajita que el vendedor te ofrece. Frente a frente, entre los dos formáis una pequeña cuenca donde un griego recibe a otro griego*.

Nota

La publicación de District and Circle (Faber & Faber, 2006) ha sido saludada por crítica y los lectores de poesía de lengua inglesa como un acontecimiento literario de primer orden. Cinco años después de Electric Light, los poemas de District and Circle (título que hace alusión a dos famosas líneas del metro de Londres y que debería traducirse, pues, como Distrito y Circular) nos devuelven a un Heaney más relajado y olímpico, que no tiene miedo de incluir versiones de la poesía de Rilke y Cavafis, explayarse en breves prosas autobiográficas o dialogar con los fantasmas de Neruda, Seferis, Auden o Ted Hughes. Pero la espina dorsal del libro, como en sus dos libros anteriores, lo siguen componiendo poemas que evocan con nostalgia riente el habla y los ritmos del mundo rural de su infancia; el impulso elegíaco, en Heaney, huye de ingrátidos idealismos y se liga siempre a los objetos, los accidentes materiales, lo concreto y cotidiano, buscando allí los apoyos que validen su deseo de trascendencia. Lo mismo sucede en los poemas de viaje (como «En Iowa»), cada vez más numerosos, y en los que Heaney exhibe

* Este texto en prosa recuerda con exactitud lo sucedido en Castries, en el trayecto del aeropuerto a casa de Derek Walcott, cuando, detenidos al borde de la carretera, nos invitó a probar por vez primera agua de coco, bebida directamente de la cáscara. Febrero 2000.

su talento proverbial para la observación del mundo natural y la metáfora memorable (como ese glaciario al que define como «cerviz de los eones» en «Höfn»).

Esta breve muestra no es sino una cala temprana en un libro que no tardará sin duda en llegar a nuestras librerías, como ha ocurrido con sus dos antecesores, El nivel (Trilce) y Luz eléctrica (Visor). Sólo un poema, «La bienvenida a Castries», no aparece en sus páginas, pero se incluye aquí por ser contemporáneo del resto; originalmente publicado en un número de la revista inglesa Agenda dedicado a Derek Walcott, es un buen ejemplo de la capacidad de Heaney para exhumar en cualquier suceso las huellas del mito, evocar la continuidad de la visión poética bajo la superficie del tiempo.

Traducción y nota de Jordi Doce